

DON LUIS JAUREGI ETXENAGUSIA, SACERDOTE.

Joseba M. Goñi Galarraga

En el homenaje-memoria que con ocasión del centenario de su nacimiento dedica OARSO al poeta renteriano Luis Jauregi Etxenagusia "Jautarkol", parece obvio que junto a la información bibliográfica sobre sus escritos y el comentario erudito acerca de la significación de su obra para la literatura vasca -trabajos que de seguro constituyen la médula del homenaje -, figure un perfil biográfico sobre lo que constituyó el compromiso vocacional y la dedicación profesional de su entera vida, ser y ejercer el sacerdocio como coadjutor y cura párroco en la Gipuzkoa profunda y euskaldun, tras el inicial y obligado paso por un pueblo alavés.

Concluida su preparación académica durante trece largos años de internado en la Universidad Pontificia de Comillas (Santander), regentada por los jesuitas y ordenado sacerdote en las vísperas navideñas de 1921, meses antes de la obtención de su doctorado en Sagrada Teología, Don Luis inicia el peregrinaje usual de todo clérigo incardinado al servicio de su diócesis, cabalgando por la geografía diocesana que entonces englobaba a las tres provincias de la actual CAV (Comunidad Autónoma Vasca).

El primer destino lo afinca para cuatro años (1922-1926) en la Álava riojana, en Salinillas de Buradón - nombre debido a sus manantiales salinos - localidad situada muy cerca del río Ebro en su margen izquierda, perteneciente a la cuadrilla de Laguardia y al arciprestazgo de Labastida, núcleo urbano de cierta entidad, pues por sí solo constituye ayuntamiento, está dotada de una hermosa iglesia con gallarda torre y plaza, dos hermosos torreones con algunos paños de antiguas murallas, más la casa-palacio de los Condes de Oñate y, en fin, el Balneario de aguas en las afueras del pueblo.

El estreno en sus tareas pastorales, la acomodación al medio ambiental riojano no necesariamente familiar para él, la lejanía del círculo de amigos literatos en el cultivo del euskera, podría llevarnos a concluir que su actividad literaria bien pudo quedar en suspenso por tales años. La cronología de sus obras no permite semejante conclusión, si tenemos en cuenta, por ejemplo, que su obra *Egizko edertasuna. Ipuin luzea*, Euskaltzaindia lo edita en 1923. ¿Cosecha de anterior elaboración, preparada en los años de sus estudios comilenses y ahora editada? Seguramente. Con todo, pueden documentarse colaboraciones suyas en revistas euskéricas, siquiera fueran esporádicas, en dichos años alaveses.

Su aterrizaje en una parroquia rural de la zona de Tolosa, en Altzo-Goikoa o Altzomuino en septiembre de 1926, al sumergirlo en un medio totalmente euskaldun, tensa al máximo la fibra de su estro poético. Incitado, de seguro, tanto como por la mirada inquisitiva del monte Otsabio bajo cuya sombra vive, como por su proximidad al clima literario vasco de Tolosa, con figuras como A. Labayen, I. Lopez de Mendizabal, Lizardi, Orixe y, sobre todo, por los requerimientos cómplices de su amigo comillés Aitzol, gran impulsor e incitador de vocaciones al euskera, desde que en el otoño de 1929 se instala en Donostia como periodista y propagandista de actividades culturales vascas, nuestro homenajeado, prodigándose en revistas, artículos de prensa y concursos literarios da lo mejor de sí mismo, haciendo de la etapa altzotarra (1926-1933) los años de su fecundidad literaria.

El testimonio gráfico adjunto, tomado en las praderas de Altzo, con ocasión de un *stage* de aprendizaje de euskera, con el cura de lugar, de pareja de tanto futuro, puede darnos la



"En las praderas de Altzo al filo de los años '30". (Fila superior de izquierda a derecha: J. Ariztimuño "Aitzol" y Luis Jauregi. Solitario a la derecha: Pío Montoya. Fila delantera, de izquierda a derecha: X, Mari Zavala junto a su esposo José Antonio de Aguirre, futuro primer Lehendakari).

medida de su prestigio. Otro ejemplo quizás no tan significativo. En la importante jornada del Día de la Poesía euskérica, celebrado en Rentería el primero de junio de 1930, que como efemérides para la historia de la literatura vasca tiene la importancia de haber coronado al vizcaíno Lauaxeta con el primer premio de poesía, en pugna nada menos que con Orixe, al poeta renteriano le tocó ejercer funciones de anfitrión, presidiendo tanto la solemne Misa mayor con una asistencia evaluada de 3.000 personas, como el resto de los actos programados para la jornada, sobre todo, al final del banquete oficial el discurso de gratitud

a las autoridades por haber hecho posible con su ayuda tan prometedora jornada, en nombre de los poetas vascos.

Ningún rastro escrito permite determinar los motivos del cambio de parroquia, en marzo de 1933, a Anoeta, población así mismo muy próxima de Tolosa. ¿Petición propia motivada por pequeñas conveniencias, como por ejemplo, el más cómodo y rápido acceso al ferrocarril, ahora en la puerta de casa? O sencillamente ¿criterios superiores de la curia diocesana? Lo que sí sabemos es que fue Anoeta el pueblo en que le ha de pillar la guerra civil, donde en momentos de peligro hubo de recurrir a tretas de ocultamiento, en la medida en que para los vencedores, él y otros curas, en cuanto personajes públicos y notorios del cultivo del euskera y de sus manifestaciones culturales, eran homologables a los responsables políticos del

nacionalismo vasco y, a la postre, a la opción política del mundo abertzale en la contienda fratricida.

Por qué el párroco de Anoeta pudo escapar felizmente a la irremediable locura del fusilamiento -como sucedió a otros catorce sacerdotes y entre ellos a su amigo Aitzol- y, por añadidura, sin haber recurrido al gesto extremo de la fuga a Francia, no tiene explicación documentada alguna y por ello todas las hipótesis están permitidas: desde luego, la buena suerte, o alguna decisiva ayuda desde la vecina Tolosa, o simplemente la forma primaria e indiscriminada de elección de las víctimas de una operación ejemplar y catártica según criterios, no sólo al margen de toda ley sino con procedimientos de engaño y nocturnidad, al amparo de la funesta bula de matar que parece entrar en juego en los primeros momentos de una ocupación militar. Pero es un hecho que entre los clérigos fusilados, hubo sacerdotes con menor significación nacionalista que Jautarkol y que en las primeras y nerviosas listas de sacerdotes fusilados que circularon tanto en Bilbao como entre sus amigos huidos a Iparralde, allá por el mes de noviembre del '36, a Luis Jáuregi se le daba por una de las seguras víctimas.

El haber salvado la vida en el momento de mayor peligro estaba muy lejos de poder dar por concluido el llamado trauma bélico; por el contrario, de forma muy precisa y concreta se verá prolongado en sus consecuencias prácticamente en el resto de sus días. Queriendo expresar en términos administrativos esta situación, diríase que su *curriculum clerical* habría de quedar congelado e incluso truncado. Jautarkol consumirá sus años de madurez sacerdotal en parroquias de dos núcleos urbanos sin ni siquiera categoría de municipios propios: en Aratz-Matxinbenta, barrio de Beasain (1937-1940) y en Urrestilla, agregado del municipio de Azpeitia, primero como coadjutor (1940-1945) y luego como párroco (1945-1958).

Si el primer destino postbélico, dada la extrema insignificancia del barrio, tenía sin rebozo alguno carácter de sanción -aunque a la autoridad eclesiástica le pareciera muy mitigada, dados los planes de exilio africano para curas vascos que los militares programaban -, el que el segundo y tercer destino estuvieran en similar rango, prueba a las claras la poca voluntad de sus superiores de reparar el atropello de las horas difíciles, habiéndose aliviado con el paso del tiempo las presiones políticas externas. La sólida virtud y el inquebrantable espíritu jerárquico de Jáuregi, templado en su formación sacerdotal comillesa, cubrió con elegancia tamañas deficiencias.

¿Consigue la guerra truncar la carrera literaria de Jautarkol? ¿Cabe dar por terminada su producción poética? Públicamente sí!. El clima de sospecha que sobre estos sancionados se cierne, la dispersión del círculo de amigos literatos por el ancho mundo del exilio, el euskera en su expresión literaria públicamente prohibido, etc ... ¿qué es un escritor sin el medio ambiental que le cobije y sostenga, sin el lector que le dé alas para volar? Con todo, a un sacerdote de la época le quedaba el privilegio de la palabra dicha, el euskera hablado en la catequesis y predicación, únicos reductos públicos donde la lengua pudo refugiarse con algún u otro obstáculo que, por supuesto, en nada afectó al medio gipuzkoano exclusivamente euskaldun en que se movió Jautarkol.

Sin embargo, no siendo la oratoria popular, ni la retórica altisonante de las grandes ocasiones, géneros de la sensibilidad

y gusto de nuestro homenajeador, no se prodigó como predicador itinerante por los púlpitos de la provincia y su virtuosismo euskérico se circunscribió a los fieles a él encomendados. Eso que ganaron los feligreses de Matxinbenta y de Urrestilla en cuyas iglesias, al decir de numerosos testigos contrastados, las homilias dominicales de su párroco constituían un deleite por el euskera aristocrático y cristalino, y la sencillez pedagógica del pastor y maestro explicando el Evangelio, quien, a pesar de los sobresaltos de la vida, seguía siendo un poeta.

El tramo final de la vida de Don Luis hasta su muerte, transcurre en Zarauz como capellán de las Carmelitas (1958-1971). De sencillez a mayor sencillez; con sesenta y dos años a sus espaldas, parece que le pesaban las responsabilidades pastorales, sobre todo, en la necesaria adaptación a los cambios ya oteados en el horizonte, prefiriendo un puesto de retaguardia y de menor brega, según cabe deducir del interés que puso en sustituir en la capellanía de las monjas al colega fallecido Juan María Beobide - hermano de Julio, famoso escultor zumayarra - así mismo víctima de los avatares de la guerra. Al compás de la vida recoleta y regular de unas monjas contemplativas, la vida en Zarauz no tiene otras incidencias mayores que las respetuosas deferencias para con Don Mateo Múgica - obispo dimisionario de la diócesis también por razones de guerra y por ello símbolo vivo de todos los vencidos - sobre todo cuanto éste honra con su presencia las fiestas religiosas del convento y la entrañable amistad que le brinda Unzurrunzaga, propietario de la Editorial Itxaropena, quien trata de sumergirlo de nuevo en el mundo literario vasco, siquiera para lograr la edición de algún manuscrito o reedición de antiguos textos.

Su contribución literaria más significativa de estos años, la traducción al euskera de la novela más famosa de la literatura española de la posguerra, *La familia de Pascual Duarte*, de Camilo José Cela, lo hará tras requerimientos pacientes del editor, no sin cierto escrúpulo por la inmersión en un mundo temático bien ajeno a la delicada sensibilidad moralmente muy estricta del sacerdote.

El 2 de febrero de 1971, día de la Purificación de María o Candelaria, enfermo, tras haber comulgado a la mañana con toda normalidad y sin indicio alguno que hiciera presentir lo peor, surgió el mortal desenlace. Un carmelita misionero en la India, P. Fermín Biguiristi, de paso por el convento de Zarauz, le asistió a bien morir, un bien morir que las monjas lo recuerdan con particular emoción y sintonía, pues el agonizante en un gesto de autoafirmación de poeta quiso despedirse de este mundo recitando versos no propios sino tomándolos prestados de la inmortal poetisa de Ávila, Santa Teresa de Jesús: "*Vivo sin vivir en mí y tan alta vida espero, que muero porque no muero*". Último gesto de un alma transparente, del ánimo religioso y sencillo de un hombre en cuya poesía pervivirá para siempre, no lo dudamos, el auténtico retrato de su alma sacerdotal.

El traslado de sus restos mortales al panteón familiar de Rentería y la liturgia funeraria en la parroquia de la Asunción que le precedió -templo de su bautismo y de su primera Misa- fue el último gesto de comunión entre el poeta y su pueblo, que, en verdad y con tal ocasión no supo estar a la altura de las circunstancias.